

El Caribe, antesala del Nuevo Mundo

Por Leopoldo ZEA*

¿POR QUÉ ME DECIDÍ POR EL TEMA “El Caribe, antesala del Nuevo Mundo” para exponerlo en el congreso de SOLAR que ahora se inicia? En 1492, el almirante designado por España para una expedición al occidente de Europa fue el genovés Cristóbal Colón. Su misión era negociar principalmente con el Gran Khan de las Indias y China. Se trataba de una empresa semejante a la de nuestros días en busca de mercados difíciles de alcanzar por tierra siguiendo la Ruta de la Seda que tomaron los venedos Polo. Sin embargo, sin proponérselo, aquello se transformaría en el comienzo de la conquista y colonización que Europa llevaría a cabo sobre la totalidad de Tierra.

La italiana Annunziata Rossi, en un apretado y luminoso ensayo, expone los motivos de este primer viaje patrocinado por la Europa mediterránea para ir más allá de estos límites. El ensayo se titula *El primer renacimiento florentino: ideas y presagios del descubrimiento de América*. Cristóbal Colón, el genovés, y Américo Vesputio, el florentino, son expresión de dicho humanismo renacentista.

El Renacimiento es el renacer, el empezar de nuevo. Cuando Cristóbal Colón se tropieza con un continente que no aparece en la cartografía medieval, no tiene la menor idea de que ha encontrado lo que parecía una leyenda, la del *Mundus Novus* de Homero. Américo Vesputio lo sabe pero prefiere darle su nombre y no entrar en problemas teológicos.

El Mundo Antiguo se reducía a las tierras que bañaban las aguas del mar Mediterráneo, es decir, Europa, África y Asia. La utopía iba más allá de los límites del Mundo Antiguo, y estaba recogida en la Atlántida de Platón y la Tule de Séneca. El nuevo hallazgo traspasaba esos límites de la Tierra imaginada como plana: más allá de las Columnas de Hércules que nadie se atrevía a transgredir; más allá del archipiélago griego y la península itálica; más allá de la ecumene, utopía conocida que termina cuando se afirma que la Tierra es redonda.

Para ahorrar esfuerzos se podía llegar a los mercados asiáticos marchando hacia el occidente del Occidente, hasta encontrar la otra cara del Mundo Antiguo: Asia y las islas que eran la antesala de esta

* Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México.

región y el extremo oriental de África. ¿No había más? ¡Sí lo había: “Un Mundo Nuevo” que había sido confundido con el Antiguo!

Decir que la Tierra era redonda habría sido una herejía, pero hablar de tierras que habían quedado ocultas habría sido la mayor de ellas. Sin embargo, al extremo norte del continente europeo, en helados mares de largas noches y largos días, cerca del Polo Norte, la gente buscó poner fin a su situación adentrándose en tierras que no eran utopía, sino realidad que ocupar y punto de partida para conquistar el mundo: la ecumene total.

Cristóbal Colón no ve nada de esto al entrar por el Mar Caribe al archipiélago antillano, que yace como antesala del extremo oriente del Mundo Antiguo. A la isla de Cuba la ve como Cipango, que era el nombre de Japón. Espera encontrarse con tropas del Gran Khan, Can Ceribe, pero sólo tropieza con gente desnuda, armada con flechas y escudos frágiles, que huye aterrada ante los disparos de los arcabuces europeos.

El Gran Khan debe de estar más lejos, pero lo cierto es que esta gente, sus tierras y el oro con el que se adornan, no tiene dueño. Cristóbal Colón considera cristiano apropiárselas en nombre de los Reyes Católicos de Castilla y Aragón. La expedición deja de ser mercantil y se transforma en conquistadora y colonizadora. Éste es el mismo enfoque que tienen del Nuevo Mundo los hombres del norte, los normandos que las disputan a España.

Las utopías de Platón y Séneca, que parecían haber pasado a la historia, existen, son una realidad. En España, Lope de Vega habla del *Nuevo Mundo descubierto por Colón*. En la Edad Media era difícil hablar de la utopía grecolatina, negada por las Sagradas Escrituras, pero, pese a ello, tenía sus simpatizantes. ¿Qué había detrás de una tierra imaginada como plana? Sólo el precipicio y, abajo del mismo, el Infierno. Hablar del Infierno es hablar del Mal, del Demonio, y su contrapartida: el Bien. Esto es maniqueísmo, como lo expresa el obispo Agustín de Hipona entre los años 354 a 420 d.C. Agustín de Hipona nace al norte del África que baña el Mediterráneo. Escribe una larga meditación de filosofía de la historia que titula *La Ciudad de Dios*, como contrapartida de “La ciudad del Diablo”, que encarna en el Imperio Romano.

Pese a esta interpretación maniquea de la historia hay gente —nos dice Annunziata Rossi— que cree en la utopía antigua como el toscano Dante Alighieri, quien lo expresa en su obra *La divina comedia*. ¿Qué hay más allá? El Infierno. ¿Cómo conciliar esto con la leyenda? Homero da la clave en su *Odisea*. Ulises se atrevió a rebasar la ecumene

conocida. Dante visita el Infierno guiado por Virgilio y encuentra a Ulises. Pero encubre su preferencia afirmando la imagen del Infierno, porque el Infierno existe.

Volvamos al extremo norte de Europa. Allí están los nórdicos, los normandos, los vikingos, que saben de la existencia de la utopía por su situación geográfica extrema. Algo que no sabe la gente que busca trascender el Mediterráneo, renacer. Ellos lo saben porque han dado el paso pese a estar cristianizados. Los espacios sobre los que esa gente puede movilizarse abarcan el orbe entero. Esta gente sabe cómo bajar desde el norte y conquistar a los rubios eslavos y lo hacen fácilmente a lo largo de las heladas estepas que llegan hasta el Pacífico. Y desde el Medioevo han iniciado su conquista y colonización. Ésta se encuentra explicada en sus leyendas, sus sagas, que relatan cómo se atrevieron a romper la espesa y fría niebla que los envolvía. Así lo hace el vikingo Erik “el Rojo”, además de lo anterior, venció la oscuridad y la luz, el frío y el calor. El Nuevo Mundo existe.

Otros normandos bajan hacia el norte del continente, a la Europa germana que ha vencido y destruido al Imperio Romano, pero se declara heredera del Imperio Romano cristianizado. El Sacro Imperio Romano llega a la Europa mediterránea y amenaza a la “Ciudad de Dios” que se ha instalado en el Vaticano.

¿Es el Mal el que triunfa sobre el Bien? No, es el Bien que domina al Mal. ¿Por qué el Bien sólo puede encarnar en gente que se vale de sí misma?, porque el Creador le ha dado esta fuerza para dominar a la Naturaleza y ponerla a su servicio como imagen que es de su Creador y como su instrumento.

En las heladas aguas del archipiélago que forman Gran Bretaña, Escocia, Irlanda y los pueblos que baña el mar Báltico, nace la gente que se enfrentará a la Europa mediterránea y le disputará el Nuevo Mundo. La Europa anglosajona es la que ve en la Latina mediterránea una corrupción del Bien, mientras que el Mal está encarnado en Iberia, España —que ha financiado el viaje de Cristóbal Colón—, la Europa mestiza, como lo fue Grecia y Roma.

Pero tampoco es ésta la misma gente que se ha formado en el círculo polar. Ha aparecido el movimiento protestante encabezado por Martín Lutero y el anglicano Enrique VIII en Inglaterra, que rompe con el Vaticano porque le impide divorciarse de una hija de los Reyes Católicos, los mismos que patrocinaron el viaje de Colón.

Las guerras de religión entre católicos y protestantes representan, en los siglos XVI y XVII, luchas por el poder en las que España ha unido sus destinos al Sacro Imperio, por el matrimonio entre Juana, heredera

de la Corona de España, y Felipe “el Hermoso”, heredero del Sacro Imperio Romano. Esta España es derrotada en el Canal de la Mancha por la Gran Bretaña bajo el reinado de Isabel I de Inglaterra, anglicana como su padre Enrique VIII.

Éste es el maniqueísmo que se expresa en la lucha entre el Bien y el Mal, son movimientos contra el dominio del Vaticano, el maniqueísmo de gente cristianizada que en el Renacimiento va más allá de las guerras de religión, guerras de poder entre católicos y protestantes.

Esta gente se considera instrumento absoluto del Creador, y se enfrenta tanto al Sacro Imperio Romano como al anglicanismo británico. Es el puritanismo que encarna primordialmente Calvino en Ginebra. Por ello, es gente molesta que se envía como esclava a las colonias de ultramar: un grupo de ellos viaja en el *Mayflower* al Nuevo Mundo instalándose al norte de Virginia, llamada así en homenaje a la reina virgen, la anglicana Isabel I. Así se extiende la lucha por el poder.

En esta lucha emergen los padres fundadores de lo que será Estados Unidos: George Washington y Thomas Jefferson. Sus discursos manifiestan algo sorprendente, el maniqueísmo de la gente que ha emergido en las tierras polares que sostiene el calvinismo ginebrino.

Los padres de la Nueva Nación se declaran independientes de la Gran Bretaña, expresando: “Sostenemos como evidentes verdades que todos los hombres nacen iguales [...] que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables [...] que entre éstos está la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”. Y para garantizar estos derechos instituyen gobiernos que derivan de su voluntad.

¿Todos los hombres? ¿Todos los pueblos? Thomas Jefferson habla de quienes él representa diciendo: “Somos gente de un pueblo bondadosamente apartado por la naturaleza y un ancho océano, del exterminador caos de una cuarta parte del globo, de espíritu demasiado elevado para soportar la degradación de los demás”. Y culmina diciendo: “Poseedores de un país elegido, con espacio suficiente para nuestros descendientes y adorando una Providencia superior, que con todas sus bendiciones demuestra que le satisface la felicidad del hombre en esta vida y su mayor bienaventuranza en la otra. ¿Qué más necesitamos para ser un pueblo feliz y próspero?”.

Pero, ¿qué puede hacer un pueblo feliz y próspero con tantas bendiciones? Sólo extender su propia y exclusiva libertad y felicidad al resto de la Tierra para demostrar la grandeza de su Providencia. No comparte felicidad y prosperidad, prefiere tierra vacía, y cuando se encuentra con otra gente únicamente pueden exigir su sometimiento para que aprendan a servir a la Providencia. Y de no someterse, aniqui-

larlos, cortarlos como se corta la cizaña, someterlos. Jamás mezclarse con ellos, degradarse como hacen los pueblos y gente del Mediterráneo.

¿Es ésta la utopía de la nueva nación en América? Ésta es sólo la utopía de un grupo de gente mezquina. Gente que no sólo se siente instrumento de la Providencia, sino que la encarna y toma su lugar. ¿No es ésta la utopía de la que hablaban Platón y Séneca?

Pero la utopía existe y se ha hecho realidad en el Nuevo Mundo. La encarna y realiza Simón Bolívar, que nace en la región de Venezuela. Tierra firme que no supo ver Colón. Bolívar dice que en esta América, Nuevo Mundo, se pondrá en marcha la Nación de naciones que cubrirá el Universo entero, poblada por la Raza Cósmica de la que habla su seguidor el mexicano José Vasconcelos.

Desde Jamaica, en las Antillas bajo la hegemonía británica, Simón Bolívar escribe la famosa *Carta de Jamaica*, que empieza con algo que podría recordar lo expresado por Thomas Jefferson:

Nosotros somos un pequeño género humano, poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en los usos de la sociedad civil.

Yo considero el estado actual de la América como cuando quedó desplomado el Imperio Romano, donde cada desmembración formó un sistema político conforme a sus intereses y situación, siguiendo su particular ambición.

Naciones diversas pero con una misma raíz, la cual deberá reestablecerse, y, al hacerlo, enfrentar las amenazas de la otra América, que ya las vive Bolívar.

Para integrar lo que debe ser integrado, Simón Bolívar convoca al Congreso Anfictiónico que se celebrara en Panamá en 1824. ¿Por qué Panamá? Bolívar conoce la tradición grecolatina que será una realidad en el continente bautizado como América. Es el Nuevo Mundo que tendrá que superar al Mundo Antiguo.

En la Carta circular de la convocatoria, Bolívar escribe: “Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá sería para este augusto destino, colocado como está en el centro del globo, viendo por una parte Asia y por la otra África y Europa”. El Istmo de Panamá está a igual distancia de las extremidades del norte y del sur, del este y el oeste, y por ello podría ser el lugar provisorio de la Primera Asamblea de los Confederados: “¿Qué sería entonces en comparación pregunta Bolívar— el Istmo de Corinto?”. Los océanos que rodean al Nuevo Mundo son los que bañan por el Pacífico a Asia y al oriente de África, y por el Atlántico a Europa y a África occidental. “Con ello culminarían las esperanzas del Universo”.

Simón Bolívar conoce la leyenda que no es leyenda sino realidad y lo que se inicia en los pueblos que integran las aguas del Viejo Mundo, en el Mar Mediterráneo. Ahora todo culmina en tierra firme, en un continente en donde se han dado cita la gente y pueblo que forman a la humanidad. Es de aquí que se pondrá en marcha la Nación de naciones y la Raza de razas que no es raza, sino capacidad de reconocer en la imagen de los otros la propia imagen.

Los anglosajones parecen ser sólo excluyentes, y los llamados latinos incluyentes devoran todo lo que puede ser digerido. Así llegamos al nuevo siglo XXI y al tercer milenio con un mundo en el que se mantiene la separación que pareció terminar al finalizar el siglo XX y el segundo milenio de la era cristiana.

Se vuelve a hablar de la América Sajona y la América Latina; como se habla también de América Latina y el Caribe. En uno u otro caso, de norte a sur, de este a oeste, lo único que separa es el término *América*, que se integra como Nuevo Mundo.

Al finalizar el siglo pasado y segundo milenio, el expresidente de Estados Unidos, William Jefferson Clinton, lleva como bandera para alcanzar su triunfo la incorporación a este país de los marginados por su etnia, cultura, hábitos, costumbres, edad, sexo y situación social. Gente que corrompería el modo de ser plenamente americano.

Bill Clinton, por su origen social, la pobreza, no es uno de los privilegiados y es enfrentado con rabia. Pero triunfa y es elegido y reelegido, y es aquí cuando expresa: “Mi mayor ambición es la de hacer de Estados Unidos la primera ‘Nación del Mundo’ por la diversidad de sus etnias, hábitos y culturas”. En el ámbito internacional expresa que la seguridad y desarrollo de sus vecinos garantizan el de los estadounidenses. Su pobreza afectaría su riqueza. El sueño, la utopía bolivariana, se hacía realidad. La *y* que separaba el norte del sur desaparece.

En la reunión que se celebró recientemente en Cancún, Quintana Roo, organizada por el gobernador Joaquín E. Hendricks Díaz, para la entrega de los Premios al Pensamiento Caribeño, asistió el presidente del Comité Organizador del VIII Congreso de SOLAR, Lancelot Cowie, para invitar a los asistentes al Congreso que ahora inicia, donde desaparece la otra *y*, la que separa América Latina del Caribe: “El Caribe es la antesala del Nuevo Mundo”.

En Cancún hice una reflexión que aquí recuerdo: ¿Son los anglosajones gente mezquina? No, existe una leyenda anglosajona, la del rey Arturo y los caballeros a los que reúne en una Mesa Redonda. Todos y cada uno de los caballeros deben ser generosos y aportar su

espada, su propia identidad en la mesa integradora de un solo pueblo, generoso y abierto a todas las expresiones de lo humano. De Europa llega un caballero francés, Lancelot del Lago, que pone su espada e integra todo el Viejo Mundo. Lancelot ha cambiado de nombre, es ahora Lancelot del Caribe, que pone con su espada la identidad en lo que será en plenitud el Nuevo Mundo.